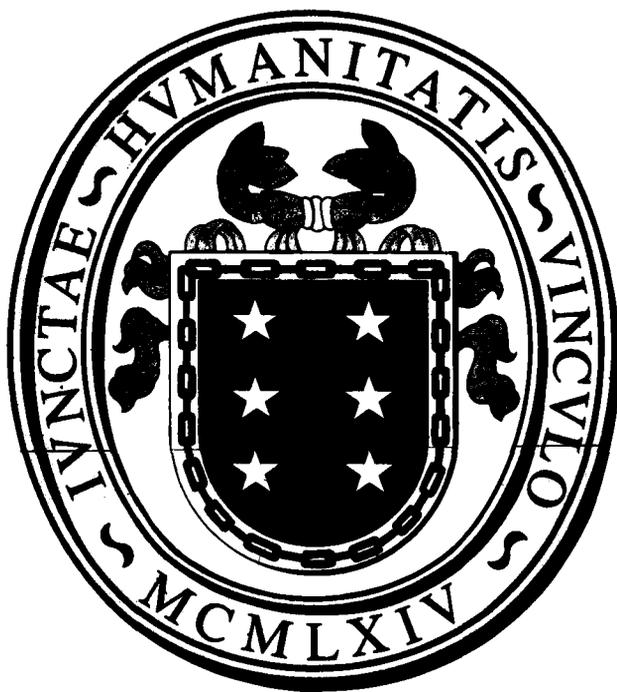


ANALES
DEL
INSTITUTO DE CHILE



1981

LA PERSONALIDAD CULTURAL

ENTREGA DE LOS PREMIOS NACIONALES 1981

Fernando Debesa
DE LA ACADEMIA DE BELLAS ARTES

En nombre de las cuatro personas agraciadas con el Premio Nacional, señora Teresa Clerc y señores Igor Saavedra, Renzo Pecchenino y en el mío propio, deseo agradecer al señor Ministro de Educación la distinción de que hemos sido objeto. Estamos seguros de que ella será un estímulo poderoso en nuestro trabajo.

Ella nos ha permitido entrar en contacto con la prensa, y a través de las preguntas de los periodistas, nos ha quedado claro lo que ellos y la colectividad esperan de ciudadanos que han recibido un galardón importante: es decir una reflexión más o menos madura sobre el campo de actividades en que cada uno de nosotros se desempeña.

Eso exactamente es lo que deseo expresar a continuación: una reflexión personal en relación con las ocupaciones y problemas que me han rodeado durante toda mi vida como hombre de teatro.

El Estado de Chile ha otorgado este año cuatro Premios Nacionales, distinguiendo a la Ciencia, las Artes, la Educación y el Periodismo. Son cuatro manifestaciones de lo que llamamos cultura. Pero seamos francos: la noción de cultura —a fuerza de ser usada sin rigor para toda clase de fines— ha perdido significación y precisión. Hoy por hoy, lo cultural, la cultura, designan demasiadas cosas vagas y ninguna en forma exacta. Y sin embargo —a pesar de la bruma que lo envuelve— lo cultural es una realidad no sólo importante en un país, sino indispensable para que ese país tenga una clara identidad. Veamos en que forma.

En su sentido más obvio, consideramos como manifestaciones culturales de una nación a sus artes plásticas con la pintura, la escultura y la arquitectura; la literatura en sus diferentes géneros; su música y su folklore en todos sus niveles; sus artes de la representación

con el teatro, la danza, el cine y la televisión; sus obras de historia, su filosofía y sus actitudes religiosas; en fin, sus costumbres y sus mitos de diferentes órdenes.

Pero estas manifestaciones, fuera de existir por sí mismas —como son la expresión de un carácter colectivo— crean en su conjunto una red coherente que se suele denominar la *personalidad cultural de un país*. En el caso de Chile —por ejemplo— no sólo existen como islas separadas la arquitectura de nuestras casas e iglesias campesinas, los moais de Isla de Pascua, la poesía de Gabriela Mistral y Pablo Neruda, la tonada y la cueca, las novelas de Blest Gana, el culto a las animitas, ciertas obras teatrales con raíces hondas en lo nacional, la artesanía popular, los libros de los grandes historiadores, la ciencia, las fiestas del rodeo y del fútbol. No, no son islas separadas. Esas realidades tangibles —y muchas otras más— son la expresión del alma de nuestra nación. Unidas constituyen nuestra personalidad colectiva, nuestra conciencia colectiva como pueblo. Sentimos —los chilenos— que formamos parte de ella, y en nuestras actitudes y comportamientos personales, seguimos consciente o inconscientemente las pautas no escritas de esa personalidad cultural. En otras palabras, esta personalidad cultural es nuestro modelo nacional.

Pero también es la médula de nuestra cultura, y como tal, prefigura lo que ella puede producir en el porvenir. Es decir, nuestra personalidad cultural se adentra en el futuro, y su vitalidad se convierte en motor de nuestra historia. Es pues un valor esencial en el presente y en el porvenir.

Ahora bien, esta personalidad cultural le ha dado cohesión a nuestro país frente a las fuerzas de por sí centrífugas de la economía. Más aún, como la especialización técnica tiende a subdividir a los chilenos en los compartimientos cerrados de sus distintas actividades, la personalidad cultural ejerce su formidable poder de integración, dándole unidad a todos ellos. Esta es quizás la razón —tan buscada por los sociólogos— de la homogeneidad nacional, del hecho de que a pesar de la longitud y variedad de nuestro territorio, el chileno que lo habita conserva una unidad sorprendente. Y esta unidad —bien lo sabemos— es una de nuestras grandes fuerzas nacionales.

La personalidad cultural de Chile tiene una singularidad irreducti-

ble. No conviene a ningún otro pueblo sino al nuestro. Ella es la depositaria de los secretos más íntimos de nuestra historia, y también de los signos por los que esa historia es accesible a los demás.

Durante mucho tiempo, en el mundo contemporáneo se identificó el avance de la tecnología con la idea de un progreso que multiplicaba los poderes del hombre sobre la naturaleza. De acuerdo a esta concepción, bastaba con promover el progreso económico y tecnológico para resolver todos los problemas de una sociedad. *Hoy día se reconoce la insuficiencia de esta concepción.*

Hay varias razones que explican este cambio de actitud. En primer lugar, el predominio ciego de la economía y la tecnología no sólo produjo en todo el mundo adelanto y retroceso, sino que se inclinó a separar la vida económica de la vida misma, y por lo tanto la economía de la cultura. Ha tendido a reducir los valores humanos a valores cuantificables, y a transformar los seres y las cosas en unidades abstractas que se pueden contabilizar. En un plano internacional, todo el teatro de Ionesco es un violento grito de protesta contra esta abstractización del ser humano y su consiguiente despersonalización.

En países en desarrollo, como Chile, el avance sin límites de la tecnología ha significado —a veces— la irrupción de valores extranjeros que nada tienen que ver con nuestra personalidad cultural, y que en más de una ocasión se oponen y chocan directamente con ella.

Este choque entre valores extranjeros y nuestra personalidad cultural tiende a producir confusión entre nosotros. Y en el peor de los casos, si el valor extranjero se impone —aun superficialmente— ejerce una acción disociadora de nuestra cohesión cultural y nacional. Este es uno de los aspectos graves del asunto. Pues atentar contra la unidad de nuestra personalidad cultural, es atentar contra la unidad de nuestra nación.

¿Cuál es la solución, la recta actitud a asumir frente a nuestro futuro? Todos deseamos el desarrollo de nuestro país. Pero este desarrollo debe concebirse incluyendo, además de los valores cuantitativos corrientes, valores cualitativos. El hombre no debe adaptarse —mutilándose— a las funciones de la máquina, sino que ésta debe

colaborar —en su más amplio sentido— con un hombre que posee facultades creadoras.

Para ello es necesario que haya conciencia de la importancia de nuestra personalidad cultural como factor determinante de la unidad de la nación. Y que esta personalidad sea respetada como un valor sagrado.

Además, conviene que actividades de otro orden como la economía y la tecnología sean capaces de perder su rigidez y adaptarse a ciertas características de nuestra personalidad cultural. Que ellas también participen del modo de ser que predomina en nuestra vida cultural. Así el país logrará un desarrollo armonioso y coherente, ya que se apoyará en sus cimientos más profundos, la raza y la mentalidad chilenas.